

Cruz y Espada

Publicación Semanal

Redacción y Administración:
Reina, 33.

Suscripción 0'15 ptas. al mes
Núm. suelto 0'05 ptas.

PRO VERITATE

En medio de la confusión que algunos tienen empeño en sembrar continuamente en el campo católico, se llega en muchas ocasiones, que uno apenas si sabe qué norma de conducta ha de seguir respecto al apoyo que debe prestar a la buena prensa.

Pues de vez en cuando suceden cosas y pasan unos casos tan in-calificables que ciertamente si no fuera por los pocos que ya están curados de espanto el desbarajuste que cundiría entre los buenos no sería para descrito.

Para que no se crea que escribo por escribir y sin fundamento, bueno será citar algunos de los muchos casos que tengo anotados.

Un día se aconseja por alguien que no debe ignorar qué cosa es

un periódico católico que no se suscriba a él.

Otro día, sirviéndose otro señorito de cierta *santidad* que ha logrado se le concediera a fuerza de golpes de pecho, va de aquí por allí en busca de bajas al periódico católico.

Hoy es don fulano que se vale de *persona formal* que en otros tiempos de una conducta *integral* se grangeó del pueblo, para apartar a este mismo del periódico católico, y mañana es don zutano que escudado en el sitial que ocupa y abusando de un poder que ejerce, manda directa e indirectamente la baja al periódico católico. (Caciquismo puro).

Mas he de confesar que todos esos señores e imitadores serían capaces de colgarme de los cuernos de la luna. si me atreviera a poner en *solfa* su *acendrado* amor y *fogoso* entusiasmo por la buena

prensa, y me meterían de cabeza a los infiernos si mi *imprudencia* fuera tanta que me diera por añadir a cada uno de los casos citados y por citar, el nombre del autor de la criatura.

Así son las cosas y no es posible ir contra la realidad.

Y lo más curioso es que queriendo escaparse de un desfavorable veredicto de la *opinión* se apresuran a pregonar que la prensa católica, esa prensa que ellos por todos los medios combaten, no conduce a nada positivo, olvidándose de la confesión del propio pecado que es el único responsable de que no produzca el periódico católico el fruto que a sus sacrificios corresponde.

Sin embargo su escrupulosidad de conciencia los consuela y les dulcifica su miserable, mejor diré, abominable vida caciquil.

Abridles, Señor, los ojos y haced que vean los perniciosos frutos de su conducta, vuelvan su mirada a Vos y trabajen movidos de vuestro amor.

Todas estas cosas y otras me las ha sugerido un hermoso y contundente escrito del sabio jesuita P. Vilariño titulado «La lucha contra

la mala prensa» que acaba de llegar a mis manos y del que no puedo resistir a la tentación de copiar algunos párrafos subrayando las palabras que más interés me han inspirado y que son más del caso, atendidas las circunstancias locales. Dice así el citado Padre;

«Prensa neutra es aquella que lo mismo alaba lo bueno que lo malo, o también aquella que si bien no defiende lo malo, pero no se declara en favor de lo bueno, sino que afecta para con los intereses religiosos y la política de los católicos una indiferencia de buen tono, y una reserva equilibrada e inofensiva.»

«..... todos aquellos periódicos que sean *tibios* en la *defensa del bien* y en el *ataque del mal* son **reprensibles**. Porque es forzoso reconocer que hoy estamos en guerra y en guerra activa y furiosa y el que en tiempo de guerra no lucha con energía y violencia es *traidor y cobarde o necio y simple*.

»El católico fervoroso debe siempre *buscar y favorecer* a aquellos que *con más vigor* defiendan la causa de Dios, a aquellos que sin abandonar la *prudencia* protegen siempre la *justicia*, y de tal mane-

ra saben usar de la *templanza* que nada pierdan por ella de la *fortaleza*.

Máximus.

Patrón de la semana

Stos Justo y Pastor, hermanos márt.

Nacidos cerca de Alcalá de Henares, iban todos los días a la escuela de la ciudad y oían los crueles tormentos que el impio Daciano hacia padecer a los cristianos. Presentáronse al Presidente y le reprendieron su crueldad y su ceguera en perseguir a los adoradores del verdadero Dios y de Jesucristo su Hijo, que había muerto en la Cruz por salvar al género humano. Tomándolo Daciano por una chiquillada, mandó azotarlos para intimidarles, pero cuando los verdugos le dijeron que en vez de quejarse cantaban alabanzas a Jesucristo y vituperaban a los dioses, mandó sacarlos fuera de la ciudad y degollarlos oculta-mente, a fin de que otros no tomasen aliento con su ejemplo. Caminaban alegres al lugar del suplicio, y en la piedra donde se postraron para que los degollasen dejaron hondas huellas de sus rodillas y tiernas manos. Verificóse su martirio en 6 de Agosto del año 307.

SALVÁNOS

Jesús duerme cansado
en la nave de Pedro, que navega
y con las olas juega
de Tiberiades en el mar calmado.

De pronto el viento con violencia ruge;
los líquidos cristales a su empuje
en montañas de espuma convertidos,
imponentes avanzan
sobre la débil nave en que abatidos
tristes lamentos lanzan
de Jesús los discípulos queridos.

¡Oh qué espanto! La nave combatida
por la ruda tormenta
que a cada instante su furor aumenta,
en las olas se abisma sumergida...

El peligro tremendo
presta a los tripulantes energía,
y a Jesús que durmiendo
sigue en la popa, gritan con espanto
abandonando los pesados remos
con gemidos y llanto:

—¡Salvános, oh Señor, que perecemos!

La celestial figura
surge del Salvador resplandeciente,
de la tormenta entre la niebla oscura;
y con voz imponente:
—¡Hombres de poca fé!—dice severo;
¿por qué dudais?—Y ante el apremio fiero
del peligro inminente,
tiende su diestra en ademan triunfante,
y dominando el trueno que retumba
en el espacio con fragor tonante
y el rebramar del aquilón que zumba,
«¡Cesa!» dice tranquilo a la tormenta:
«¡Enmudece!» del mar al oleaje.
Y el nublado se ausenta,
brilla el sol, y la calma se aposenta
del mar revuelto en el rugir salvaje.

Al soplo ledo de la brisa suave
vuela en las olas la cuitada nave;
y todos los que en ella sumergidos
en estupor, de pasmo se estremecen,
dicen sobrecogidos:

—¡Quién es este a quien súbito obedecen

los elementos a su voz rendidos?

¡Señor! doquiera ruge
la tormenta que avanza aterradora,
y a su violento empuje
de Pedro el bajel cruja
y su Piloto con farvor te implora.

La bonanza, Señor, de Tí esperamos,
y pues que en Tí creemos,
con angustia clamamos:
¡Sálvanos, oh Señor, que perecemos!

Pilar de Cavia.

A través de unas antiparras

Tiempo ha que mi pluma encuéntrase abandonada por haberse su dueño tornado harto perezoso en escribir artículos; más es lástima que se pierdan las ideas que sin ser geniales, siempre pueden tener algún punto de interés para esos buenos lectores; y ahí va mi cosa que dénle en llamarla como quieran: estamos en plena época veraniega y en las playas acude la gente de buen tono, con pretexto de tomar las más o menos recomendadas aguas de los balnearios de moda; aquí tenemos que conformarnos con las típicas casetas y en cuanto a las diversiones propias del estío, cada cual las toma como quiere; sin ir mas lejos, llega un amigo, tremendamente aficionado a la pesca con

caña y ocupadito en tan paciensuada faena se pasa las mañanas domingueras tostándose el cogote, proparcionándose el para él indiscutible goce, mucho mejor según sus teorías *pesquiles*, que un rato de murmurar de cualquier fulana cosa que para muchos y para muchas constituye un verdadero deleite, no siendo mas, a mi modesto juicio, que un feo pecadillo que tiene su nacimiento en la puntita de la lengua, pecadillo muy desarrollado por esos contornos, que por ser salutíferos por sus brisas marítimas, resultan epidémicos por eso de el ñi decir de *tal* o *tala* según cuenta *quien* o *quiena* que por su poco sentido común debiera ocupar una nueva categoría en la clasificación de Linneo y esto que censuramos suele ser tema preferido de esas gentes de tono en sus conversaciones y cuando menos criticar si las de Gomez no veranean, si las de Pérez no tienen novio, si D^a. Juana se esconde años, si D.. Rufino no tiene dientes, si D. Teodoro no gasta guantes, si Rosalía pesca un teniente. Eso suele ser la ocupación de esas *madres* de familia y de esas *pollas* cortejeras pues ellos los *papás*, hombres graves, suele

ser la discusión de aquello que no entienden el tema favorito y la fácil resolución a los problemas sociales, ellos que no han sabido resolver nunca los demésticos.

Y así va el mundo y luego estos papás serios, personajes de sainete, *evolucionan* hasta llegar a ocupar la poltrona del Consistorio y allí siguen su tarea de reforma... no escatimando ocasión de lucir su garbo y demostrar sus facultades oratorias que mejor fuera demostrar sus planchas fenomenales que pasan desapercibidas a los ojos del populacho.

Y allá va la muestra: cierto municipio con mayoría de birrete rojo, con motivo de la supresión de consumos, felicitó en entusiástico telegrama al malogrado Canalejas y este mismo municipio pocos días después aplicaba al pueblo la segunda tarifa de consumos. No comentemos. Y la Prensa se quedó tan remona:

Unos porque son de su camada y otros por ser muy cómodo no decir nada.

Estamos en una época de verdadero desbarajuste nacional, no hay ideas originales, ni origen de ideas y es el caso de ver a todas horas contrastes tremendos: en la

misma página de cualquier periódico notamos como se aplaude apasionadamente a una Raquel, o se anuncia acaloradamente una Goyita a la par que con letras de molde se publican con el título de «Semana Católica» piadosas hojas de intenciones y devotísimas oraciones a San Francisco, sucediéndose el eterno encender una vela a Dios y otra al diablo, cobrando a la vez de unos católicos mentecatos y de un empresario propagador de espectáculos que los católicos debieran combatir.

Y cuando asoma alguien dispuesto a cantar claro se le cierra la puerta y se le despide.

Salustiano

El púlpito a la calle

Que la religión no debe ni puede contemporizar con las tendencias modernas es cosa que ningún católico pone en duda; la Verdad no admite transacciones con el error. La doctrina de Cristo ha de permanecer siempre absoluta, íntegra, tal como su fundador la predicó.

Lejos de nosotros el lirismo cristiano de los modernistas, racionalismo enmascarado, que con el pretexto de reconciliar el Catolicismo con la civilización y cultura actuales quieren que la Iglesia abdique en lo más fundamental, pierda su cualidad divina convirtiéndose en ins-

titución meramente humana; pretensión absurda e inconcebible, que rechazan de continuo la razón y la fe: si Cristo es Dios, si se hizo carne y murió por librar-nos de la muerte eterna y nos dió su Evangelio, hay que aceptarlo a cierra de ojos y servirle y honrarle como a El le place que se le sirva y honre.

La religión no puede sufrir modificaciones, porque las relaciones de los hombres con Dios no son cosa que varíe con el tiempo y el espacio ni se hallan a merced del capricho de los hombres; la religión no es un pacto como las relaciones sociales, sino una imposición de parte de Dios; no es un convencionalismo como los Estados e instituciones humanas.

Por eso éstos para mantenerse necesitan doblegarse y modificarse con las corrientes de los tiempos y, aun así desaparecen; y precisamente la inflexibilidad de la Iglesia es la más fehaciente prueba de su fundamento divino, porque a pesar de la tenaz lucha contra ella suscitada desde su nacimiento, permanece, firme, inmutable; no ha necesitado de modificaciones para acomodarse a las diferentes épocas y pueblos, porque es plena, completa, perfectísima, y lo mismo *religa* hoy a los hombres con Dios que hace veinte siglos: no se pasa, no se gasta, no envejece, porque es eterna como su Fundador, cual asegura el ilustre Obispo de Vich: «La fe de Jesús liga con todas las razas y todas las civilizaciones, lo mismo con la artística Grecia que con la grave Roma y ahora con la moderna Francia... La Iglesia de Dios nunca se hace vieja y conserva perpetuamente la fecundidad de esposa que engendra hijos fuertes, ge-

nerosos, invencibles, tanto ahora como en las primitivas persecuciones de Jerusalén y Roma.»

Pero si no precisa de modificaciones, en cambio puede y debe valerse para conseguir su fin de los medios que los tiempos y lugares ponen a su disposición; debe adoptarse al medio ambiente para purificarle con su divino perfume bienhechor; debe filtrarse en las sociedades para inmunizarlas contra el error y el mal.

Necedad sería negar que hoy la impiedad y la incredulidad cunde, así como también aumenta la esfera del Catolicismo; esto es debido a que los campos se van deslindando y desapareciendo las posiciones intermedias: nos hallamos en época de transición y dentro de poco no quedarán más que dos bandos: revolucionarios y partidarios del orden social cristiano: *con Cristo o contra Cristo*.

Por esta causa hoy el púlpito debe sacarse a la calle y trasladarlo a las columnas de la prensa. ¿No vemos como la impiedad, que antes se ocultaba en las logias y centros, que aparentaban fines literarios o científicas, ha arrojado la carreta y se introduce osadamente por todas partes? Desde las esferas gubernamentales a las más bajas capas de la sociedad ha extendido sus raíces, y por medio del magisterio, de la tribuna, de la prensa, del teatro y del trato particular va minando el edificio social cristiano; ha dejado de ser teoría para convertirse en práctica, y valiéndose de las libertades con tanta astucia como tesón conseguidas, se va apoderando del pueblo descatolizándolo, aprovechando para ello cuan-

tos ocasiones se le presentan para man- cillar por la calumnia, la injuria, y el ri- dículo a la Iglesia de Cristo.

De aquí han nacido la indiferencia re- ligiosa y los *prejuicios y temores ridícu- los* que apartan muchas almas del verda- dero camino; hoy el hombre no va al templo a escuchar la palabra de Dios, engolfado en la vida material, imbuido por los falsos conceptos propalados por los sectarios, más le preocupan sus dere- chos y deberes de ciudadano que los re- ligiosos, considerados por la mayoría cosa de viejas beatas y de cobardes ti- moratos. Por otra parte, los que van al templo llevados por la fe son los que me- nos, necesitan de las enseñanzas de la Iglesia: «Los que están buenos no nece- »sitan del médico, sino los que están en- »fermos; así lo no he venido a llamar a »penitencia a los justes, sino a los peca- dores», dijo el Señor.

Recordemos las palabras de la oveja extraviada y de la *draema* perdida: el Buen Pastor deja en el aprisco o rebaño y va afanoso en busca de la oveja que se eutravió; y la mujer enciende la luz, ba- rre la casa y lo registra todo hasta dar con la moneda. Hoy son muchas las ove- jas y *draemas* que hay que buscar, mu- chos los gijos a los cuales hay que reco- ger sin esperar a que, como el pródigo del Evangelio, vuelvan desengañados a la casa paterna; puesto que los convida- dos se excusan, hay que salir a los ca- minos a buscarlos.

Es preciso que el sacerdote salga del templo, se mezcle con el pueblo y en to- da hora y en todo momento lo evangeli- ce, dejando el tono dogmástico por el

parabólico y corriente reemplazando el sermón por la conversación familiar. Fuera del templo la mies es mucha, y antes de que el enemigo la desgrave y corrompa hay que salir a segarla; aun- que católicos, conviene no olvidar el pre- cepto musulmán, y puesto que la monta- ña no viene, ir a la montaña.

Con el trato, la errónea idea que el pueblo tiene de la religión y sus minis- tros desaparecería y ante la realidad se desharían muchas de las calumnias que corren por verdades; el pueblo se ins- truiría religiosamente y se atajaría el mal que, si Dios no lo remedia, amenaza dar al traste con la sociedad.

La época actual, lo es de lucha y es necesario luchar; cada católico ha de con- vertirse en un apóstol, así como cada sectario es un propagandista. Y el púl- pito hay que sacarlo a la plaza públi- ca, convertirlo en tribuna, trasladarlo a la prensa, llevarlo a los casinos, a los talleres... hasta a las tabernas y lupa- nares: *que no son los buenos los que pre- cisan de médico, y el Hijo del Hombre bajó a la tierra en busca de lo que estaba perdido.*

Carmelo del Valle.

(De «La Voz de la Tradición»)

Cosas de Mahón

Fiestas en Villa-Carlos.

Algún espíritu, de estos que tanto a- bundan en nuestra ínsula de pro, que se pasa deliciosamente el tiempo murmu- rando de aquél y del de mas allá sin a- treverse a hacer públicos sus juicios y

sentimientos, y buscando *peros* a cuanta obra viene por desgracia (de la obra) a caer en sus manos, dirá, creyendo haber topado en falta nuestra, que muy mal podemos decia cosas de Mahón tratando asuntos de Villa-Carlos.

Mas no cantéis victoria tan pronto que pudierais salir mal parados. Las cosas de Mahón pueden aplicarse muy bien a sus alrededores y, si nos apuran a toda Menorca. Además, y aunque parezca paradoja, al celebrarse festejos en el antiguo arrabal del famoso castillo de San Felipe quien se divierte son los mahoneses. El caracter mahonés es festivo por excelencia, Que sale diputado Hédiger..... fiestas en Mahón; que por el contrario el elegido es Llansó... mas fiestas; que viene la Infanta... una barbaridad de festejos; que la que los ingleses llamaron *Villa-Jorge* y los españoles llaman *Villa-Carlos*, celebra el día de su patrón *San Jaime*... consecuencia final, que los mahoneses tambien están de fiesta.

No fueron pocas las personas de nuestra ciudad que desde el día 24 por la tarde al 28 dejaron en olvido el taller o la oficina. ¿Cómo no, si Villa-carlos es para los habitantes de nuestra población lo que Espino, San Sebastián, Biarritz y Ostende son respectivamente para los portugueses, españoles, franceses y flamencos? ¡Desgraciado del propietario o del señorito elegante que no vaya a pasar los meses en que el rubicundo Apolo se entretiene en calentarnos los sesos, a la risueña y blanca villa que alegra la entranza del Porto-Magno!

¿Que habrá en Villa-Carlos?- se preguntará el asombrado (cuidado que hay

para asombrarse) lector. ¿que sucede, en la [veraniega población? ¿que hacen los villacarlinos para merecer el honor de tamaño visiteo?

Pues, nada; cabalgata, algun qué otro enrame de calle, y corridas de varias clases.

Una característica digna de notarse poseen las fiestas de Villa-Carlos (con lo cual se parecen a ciertas corridas de toros en que es imprescindible el hule) y es que siempre ha de haber derramamiento mas o menos abundante de sangre.

No queremos extendernos sobre el último *caso* allí acaecido pues falta que se depuren responsabilidades, mas no estará de más decir que sería necesario que se prohibiesen las carreras de caballos tal y como en dicha población se efectúan, y que de celebrarse que fuese en sitio a propósito y no en la mas céntrica de las calles, y que si fuese en un coso no hubiese peligro para el público los ginetes fuesen tales y los caballos reuniesen condiciones para la carrera.

¿Qué haría V., en vista de lo sucedido?- preguntaban a un señor en una reunión-. Pues no castigaría-contestó- si es que tiene culpa, al jinete solamente, sinó que pondría al alcalde una multa de 500 pesetas porque no las hay mayores y destituiría al representante del gobierno por no saber velar por la salud pública.

Nosotros nos callamos nuestros comentarios pero, ante la evidencia de los hechos, cada cual haga lo que le dé la gana.

Feltinebro.

Mahón, 29 de Julio.